

Humanidades

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO



ISSN 15105024
Montevideo,
Diciembre 2010
Año 10 • Número 1

Humanidades

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO

CONSEJO EDITORIAL

Fernando Aguerre (DIRECTOR)
Universidad de Montevideo

Juan Manuel Casal
Universidad de Montevideo

Juan Francisco Franck
Universidad de Montevideo

Eugenia Ortiz Gambetta
Universidad de Montevideo

Ramiro Podetti
Universidad de Montevideo

Mónica Salinas
Universidad de Montevideo

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Ignacio Pérez Constanzó
Universidad de Montevideo

EDITOR ASOCIADO

Francisco O'Reilly
Universidad de Montevideo

CONSEJO ASESOR Y CONSULTOR

Oscar Abadie-Aicardi (+)
Universidad de Montevideo

Rafael Alvira
Universidad de Navarra, España

Hebert Benítez
Universidad de Montevideo

Christián C. Carman
Universidad Nacional de Quilmes/CONICET, Argentina

Daniel Corbo
Universidad de Montevideo

Bárbara Díaz
Universidad de Montevideo

Mariano Fazio
Pontificia Università della Santa Croce, Italia

Miguel Ángel Garrido Gallardo
Instituto de Lengua Española del CSIC, España

Alberto Gil
Universität des Saarlandes, Alemania

Nilda Guglielmi
CONICET, Argentina

Carlos Melches
Hochschule Magdeburg-Stendal, Alemania

Alberto Methol Ferré (+)
Universidad de Montevideo

William Rey
Universidad de la República Oriental del Uruguay/
Universidad de Montevideo

Rogelio Rovira Madrid
Universidad Complutense de Madrid, España

Jorge Siles Salinas
Academia Boliviana de la Historia, Bolivia

Josep Ignasi Saranyana
Universidad de Navarra/Pontificio Comité de Ciencias Históricas

Arno Whelming
Universidade Federal do Rio de Janeiro/
Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, Brasil

Las ilustraciones de este volumen se publican como homenaje al ilustre pintor uruguayo Rafael Barradas (Montevideo 1890-1929), a quien pertenecen. La figura de cubierta es "Hombre en la taberna", acuarela sobre cartón, 52 x 48 cm.

Reseñas



R. Barradas, Marinero, Lápiz y lápiz color sobre papel, 27 x 21 cm.

LIBROS

Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920). Adriana Rodríguez Pésico

por Michel Marx

Juana de Ibarbourou: las palabras y el poder. Pablo Rocca

por Sofía Rosa

O dia em que odiaram o Carnaval. Política externa e a construção do Brasil. Luís Cláudio Villafañe G. Santos

por Adriana Mirel Clavijo

Adriana Rodríguez Pérsico: *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Beatriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2008, 525 pp.

Adriana Rodríguez Pérsico es profesora en la Universidad de Buenos Aires e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científica y Técnicas y ejerció como docente de Literatura latinoamericana en universidades como San Pablo, Duke, Maryland y París 8. En 1992 publicó en Washington el libro *Un huracán llamado progreso. Utopía y autobiografía en Sarmiento y Alberdi* y ha realizado compilaciones, libros y ensayos sobre literatura argentina, latinoamericana y teoría literaria. En 2008, publica el libro *Relatos de época. Una cartografía de América Latina* bajo el sello de la editorial Beatriz Viterbo, con el que recibe en 2010 el Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada otorgado por Casa de las Américas.

Este ensayo funda un camino posible en la modernidad latinoamericana. Apunta a seguir el mito de la modernidad en estas tierras a través de la literatura, marcando sus límites en lo que en Europa llamaron la Belle Époque. El marco teórico escogido es diverso: el análisis literario, los estudios culturales, la estética, la sociología, el psicoanálisis, la filosofía y la historia. Un gabinete de herramientas que comprende autores desde Koselleck a Berman, desde Habermas a Marx, pasando por Weber, Foucault, Simmel, Jaus, Rama y Jameson, entre otros. Los temas elegidos en la exposición pueden entenderse como cuestiones recurrentes en el fin de siglo: las políticas y estéticas que representan y configuran los imaginarios del arte y de la ciencia, el artista en la tensión entre comunidad y sociedad, la construcción de la nación y el predominio de las masas, el lenguaje, el cuerpo, la mujer y el amor. Una tensión de la época que se debate entre el ser y querer ser, entre el ser y el parecer. Como versa el

título del trabajo es una cartografía de relatos. Realiza un mapa, “un modelo del mundo entre otros varios posibles” (p. 520) sin negar que existen otros. Pero a su vez impone una jerarquía, no sólo de temas, sino también de autores. Con la finalidad de ordenar lo que a veces parece caótico la autora establece un canon, como lo hacen también los relatos al tratar temáticas de la época (p. 520). La tesis es hacer visible lo que la multitud no permite ver. En un universo tan diverso de escritores y escrituras establecer un orden que permita visualizar, “rastrear las marcas y las huellas que siempre, de uno u otro modo, materializa la escritura” (p. 521). Un corpus seleccionado que incluye nombres como Darío, Lugones, Machado de Assis, Martí, Holmberg, Gómez Carrillo, Silva, Rodó, Galvéz, Quiroga, Graça Aranha, J. V. González, Cambaceres, Monteiro Lobato, M^a E. Vaz Ferreira, Storni, y Agustini, entre otros. La investigación se estructura en cuatro secciones que anidan, bajo un aspecto general, diversos temas y ejemplos.

El primer capítulo “Época y Relato” a modo de introducción nos inicia en el universo generado por la autora. Los textos de la modernidad serán seleccionados bajo la consigna de ser “la puesta en forma de determinados contenidos culturales, sociales, económicos y políticos” (p. 12). Y en esta tarea la literatura moderna contendrá visiones y matices: el progreso y lo bárbaro, los conflictos y las construcciones desde diferentes miradas.

El segundo capítulo “Los relatos de la comunidad” tendrá pasajes sobre el lenguaje, la estética y la moda, el imaginario y la construcción del artista: profeta y mesías, los discursos del mito y la historia, la invención de la tradición y dos personajes modernos: las masas y la nación su génesis y su control.

La tercera sección del ensayo, “Las miradas de la ciencia” que desvelan el poder de ésta como modelo y su influencia en otras esferas: las construcciones de lo normal y lo anormal, de la pureza y lo híbrido, la respuesta de otros modelos como lo esotérico y la religión, las políticas de control; eugenesia y xenofobia, el miedo frente al cambio; el revolucionario y el autómeta.

La cuarta y última sección la dedica al “Tiempo de pasiones” donde el modelo es el amor y la pasión el exceso que crea y destruye; desde la práctica escrituraria al cuerpo, el control y la modelación por medio de la educación, la mujer; andrógina e indeterminada por sus roles que a su vez la vuelven objeto de deseo.

El discurso es circular, cada capítulo retoma temas y textos para otorgarnos una visión compleja o múltiples visiones. Se cierra con un breve epílogo que converge en los límites del ensayo: no es una intención abarcadora de la realidad de la época moderna sino un panorama selectivo de recursos, motivos y fuentes. Una posible invitación a realizar nuestros propios recorridos.

El valor de la obra de Pérsico es vouyerista: radica en el mostrar. Pone en evidencia ante nosotros conexiones y desencuentros, marchas y contramarchas, temporalidades y articulaciones. Utiliza una mecánica cinematográfica y estereoscópica, haciendo de un plano temporal un espectáculo tridimensional de la cultura de fin de siglo. Es congruente con la tarea realizada la erudición manifiesta en el manejo teórico y de fuentes, así como también la pertinencia del aparato de notas al finalizar cada capítulo que permite

una lectura fluida y deja a elección del lector su aprovechamiento o su evasión. El lenguaje utilizado es sencillo y accesible, a pesar de realizar abordajes desde diversos campos, y gracias a éstos permite un abanico diverso de posibles lectores interesados en el circuito de la cultura y el ámbito académico, aunque es manifiesto que su aporte se dirija, antes que nada, a quienes estudian las expresiones literarias latinoamericanas.

Podríamos señalar que la única carencia del libro es la falta de una bibliografía ordenada que permita recurrir a ella sin tener que volver la lectura hacia el aparato de notas en los capítulos y un índice de fuentes utilizadas u onomástico que facilite los autores y obras en caso de que el lector se encuentre interesado por alguno/a en particular.

Relatos de época es una geografía de la modernidad política, social y cultural de América Latina vista desde la literatura; un ensayo que abarca un período histórico y una pretensión panorámica de temas, un camino a seguir que abre la posibilidad de profundizar en algunos aspectos o considerar otras direcciones, una antropología del campo simbólico en las letras americanas del período.

Michel Marx

Universidad de Montevideo

Rocca, Pablo. *Juana de Ibarbourou: las palabras y el poder*. Montevideo, Yaugurú, 2011, 104 págs., ISBN: 978-9974-8302-3-3.

El conocido crítico literario Pablo Rocca, Doctor en Letras y Profesor Titular de Literatura Uruguay en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República, Montevideo, Uruguay), en el presente ensayo se aventura en la corrección, ampliación y profundización de varios artículos destinados a estudiar la controversial figura de la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou.

Son conocidos sus reiterados estudios sobre varias de las figuras más representativas de la literatura uruguaya [*35 años en Marcha (Crítica y literatura en el semanario Marcha y en Uruguay)*, 1991; *Horacio Quiroga, el escritor y el mito*, 1996; *Historia de la literatura uruguaya contemporánea*, 1996-1997, codirigido junto a Heber Raviolo; *Poesía y política en el siglo XIX. Un problema de fronteras*, 2003; *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*, 2006; *Revistas culturales latinoamericanas* (editor), (2009); *Alfredo Mario Ferreiro: una vanguardia que no se rinde*, 2009] y sus traducciones del portugués de diversos autores como Machado de Assis, Murilo Rubião, Cyro Martins, Tabajara Ruas, Sergio Faraco, entre otros.

El título *Juana de Ibarbourou: las palabras y el poder* sintetiza el valor fundamental de este libro: encuadrar la figura de Juana de Ibarbourou en el ámbito de las letras y la política uruguaya desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX. Además replantea y cuestiona diferentes visiones que se han construido sobre ella.

Rocca comienza por plantear una serie de interrogantes que luego se responderán a lo largo del ensayo. La primera interrogante se refiere al asombro que provocó la publicación en 1919 de *Las lenguas de diamante*, cuyos fundamentos políticos, literarios y religiosos

cuestiona. Esta pregunta funcionará como hilo conductor de todo el ensayo.

Rocca analizar cuál es la concepción del mundo y de la literatura que encierra la obra de Juana de Ibarbourou e, incluso, se pregunta por la razón que llevó al gobierno de turno -desde Terra hasta Lacalle- a ensalzar su obra y su figura.

Es, a partir del análisis de estas interrogantes, que el autor plantea las conexiones que se establecerán entre “escritura, poder -tanto político como simbólico- y formas de lo que podríamos llamar una canonización laica de la autora y su obra” (p. 13).

El ensayo, como lo propone el autor, recorre desde los primeros años de la poeta en Melo, hasta la posición que adoptó la crítica literaria frente a su obra entre 1934 y 1970. Por lo que, además de recorrer la obra y vida de Juana, también realiza un recorrido crítico de la literatura e historia uruguaya de esos años; aporta, además, datos, documentos e interpretaciones relevantes sobre autores canónicos y sobre autores de segunda línea del interior como de Montevideo.

Se puede decir que el libro tiene dos posibilidades de lectura. Por un lado, se puede hacer una lectura cronológica de la vida y obra de Juana, siguiendo sus ocho capítulos de extensión variada -el primero funciona como prólogo-. Por otro lado, se puede leer el proceso de canonización tanto política como literaria de la autora, para establecer sus vínculos con el poder político y cultural y con otros escritores. Y es en este segundo procedimiento donde creemos que Rocca se propone desmitificar la figura de *Juana de América*, y cuestionar un discurso idealizador de su figura que él califica como “vago y de efusión vacía”, principalmente al referirse a los comentarios de Jorge Arbeleche, del que dice estar “ungido en una especie de custodio de la memoria de Ibarbourou” (p. 63).

El primer mito de la poetisa que se propone arrasar es el de su padrino de bautismo, en el tercer capítulo titulado *El padrino (primera parte)*. Dejará para el penúltimo capítulo (*El padrino -segunda parte-*) el análisis de la

elección de Juan Zorrilla de San Martín como su padrino de boda y la conexión interesante y no casual con el padrinazgo de la boda de Delmira Agustini. Pero refiriéndose al primer padrino, Rocca plantea claramente que la propia Juana inventó que su padrino de bautismo había sido Aparicio Saravia, caudillo blanco, y lo demuestra mediante el análisis de documentos.

A partir de aquí, Rocca empieza a formular las conexiones entre poder y palabra que recuerdan a Foucault: “recontar su vida [a partir de la publicación en 1953 de sus *Obras completas* en Aguilar] le permitía construir un discurso sobre el pasado” (p. 21). Para esta publicación, Juana le pidió a Dora Isella Russell que prologara el libro, y que pusiera más acento en lo biográfico que en lo hermenéutico. Más adelante, Rocca cita un artículo periodístico publicado por Russell en 1980 -cuando Juana ya había muerto- en el que pretende enmendar su error -por no llamarlo ficcionalización- del dato biográfico. Y por si al lector le quedaba alguna duda, cita en una nota al pie la partida de nacimiento completa de Juana, que sirve para confrontar los datos.

Es interesante y valioso el análisis que realiza de la situación socio-cultural de Melo en la época de formación de Juana, enmarcado en el capítulo titulado *Formación, lectura, feminismo*. También en este capítulo se plantea el lugar de Juana en la poesía escrita por mujeres a principio del siglo XX y su auto-posicionamiento como escritora-mujer que reivindica la poesía tradicional ya que el discurso vanguardista estaba destinado a los hombres.

La defensa aparente de la escritora del feminismo es cuestionada con prudencia pero con precisión por Rocca, ya que analiza algunos artículos -que cita en su totalidad- publicados por Juana en el diario *El deber cívico*, entre 1908 y 1912: “para la joven Fernández, ‘feminismo’ era sinónimo de ‘mujer útil’, sujeto de algunos derechos, como el de escapar de la cárcel hogareña e intervenir en la actividad pública laboral. Nada más.” (p. 46).

Otro mito que derriba Rocca es la edad de Juana. Quizá por primera vez se analiza este hecho como una acción ideológica e intencional por parte de la autora y que varios admiradores continuaron e incluso intensificaron: “Uno de los objetivos que buscaba Juana, y que alcanzó con creces, era instalar la idea de su precocidad genial y su singularidad ajena a toda lectura que la hubiera marcado” (p. 56). Aunque varios han sido los autores que posteriormente aclararon esta invención, Rocca parece ser el primero en analizarlo en profundidad y buscar en este hecho algo más que un problema con el envejecimiento y la vanidad.

El capítulo seis (*Modelos y versiones*) es el que propone una mayor descripción de su obra en cuanto tal. Es interesante la comparación que el autor establece entre el poema *Rebelde* de Juana y *El intruso* de Delmira Agustini. Aunque esta comparación ha sido recurrente en la crítica, Rocca intenta clarificar la concepción literaria de cada una, y sintetiza su idea en una frase que toma de otra poetisa uruguaya, Idea Vilariño: “... a Juana le falta lo que le sobra a Delmira: pasión” (p. 69).

En el capítulo final, el autor del estudio alcanza un nivel de ironía y perspicacia mayor en su redacción, y acorrala a la figura de Juana -como la habían acorralado los intelectuales contemporáneos a la autora- en su postura frente al franquismo y la dictadura militar uruguaya. Además, establece un análisis detallado de la captación de su obra y su figura por el estado (a través de subvenciones, condecoraciones, derechos de autor, elaboración de libros escolares, etcétera).

A pesar de la cantidad de estudios y ensayos que se han escrito sobre Juana, este trabajo de Pablo Rocca pretende mostrar el costado ideológico y político de la autora. Aunque no la abate, busca cuestionar los discursos que han construido su pedestal en el sistema político, cultural y literario uruguayo.

Sofía Rosa

Universidad de Montevideo

Santos, Luís Cláudio Villafañe G.

O dia em que odiaram o Carnaval. Política externa e a construção do Brasil.

Sao Paulo: UNESP, 2010. 278 p.

En medio de las celebraciones por el Bicentenario de los procesos de independencia, todos los latinoamericanos estamos participando, consciente o inconscientemente, de un debate sobre nuestras identidades. El Dr. Villafañe G. Santos, diplomático e historiador brasileño, ha sabido captarlo y le ha servido de musa para su tercer libro: *O dia em que odiaram o Carnaval*, (El día en que aplazaron el Carnaval).

Aborda la formación de la nacionalidad brasileña, a partir de la acción estatal, en particular, de la política exterior del Brasil. Toma como hilo conductor el papel que cumplió la figura de José Maria Paranhos Da Silva Júnior, en la construcción del Estado-nación. Justamente, el título hace referencia a la postergación del Carnaval decretada por el gobierno, en señal de luto, con motivo de su muerte el 10 de febrero de 1912. Ese día, el Barón de Rio Branco, no sólo entró en la historia, sino también a formar parte del imaginario colectivo como uno de los “padres fundadores” del Brasil y su legado a oficiar, por años, de sustento y guía de la política de Itamaraty. Explicar ese fenómeno, condujo al autor a desnudar el proceso de elaboración de la identidad. A tales efectos, trabaja a lo largo de las distintas etapas de la historia de su país, los siguientes conceptos.

Parte de la premisa que el Estado construyó la nación, y la política exterior, como su expresión externa, tuvo a su cargo establecer los límites del territorio y contribuir a la creación de la identidad nacional respecto a su relación con los demás. Los nacionalismos, surgidos entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, implican una tríada: pueblo, territorio delimitado y Estado soberano, sustentado en

elementos culturales y étnicos, que conducen inevitablemente a la idea que el mundo debería estar organizado en naciones. Su desmitificación como fenómeno ideológico de carácter político, utilizado por los Estados, a partir del siglo XIX, como fuente de legitimación del poder, es esencial para entender el pasado e incluso el presente. Aceptar su creación consciente, y hasta dirigida por historiadores y artistas, en base a figuras reales elevadas al carácter de “santos” laicos por encima del momento histórico en el que se desempeñaron, implica remover nuestros propios cimientos. En efecto, la construcción de la identidad, en tanto “comunidad imaginada”, es una invención colectiva, viva y en constante reelaboración que nos lleva a cuestionar nuestro propio “yo”, y en consecuencia la idea que tenemos del “otro”.

La legitimación el Imperio, erigido sobre una colonia portuguesa carente de unidad, y poco comunicada entre sí, se hizo sobre la base del principio dinástico-religioso. La lealtad política debida por el súbdito al soberano operó como el elemento aglutinador por excelencia. Si bien, primero debió darse su traspaso del monarca portugués al brasileño, paulatinamente, esa relación devino en un sentimiento de patriotismo que permitió la consolidación del régimen y el tránsito de las patrias locales a la patria, como sinónimo de todo el territorio. En la esfera externa, la idea de América constituyó la referencia inevitable, no sólo en el siglo XIX sino también en el XX. El mantenimiento de la monarquía y del orden social existente, habilitó a sus gobernantes a identificar al Brasil con la continuidad en contraposición con las rupturistas repúblicas hispanas. Era un país que se presentaba como europeo¹, en términos de legitimidad y propósito, pero de este lado del Atlántico. A partir de esa visión de sí mismo, se proyectó como tal: civilizado, estable, unido, poseedor de una riqueza natural inigualable y, en consecuencia, poderoso. Una imagen, que por cierto, ni los europeos, ni sus vecinos compraron totalmente. En América, pasó del conflicto al aislamiento, mientras definía su espacio territorial, tal como lo exigía el Estado-nación. No obstante todas sus

¹ SANTOS, Luís Cláudio, Villafañe G. *O Brasil entre a América e a Europa: O Império e o interamericanismo (do Congresso do Panamá à Conferência de Washington)*. São Paulo: UNESP, 2004. p. 142

limitaciones internas y externas, el edificio de la “monarquía tropical” se mantuvo en pie por casi setenta años.

La guerra del Paraguay mostró las debilidades de la sociedad estamental y la base misma del régimen. El Imperio era incapaz de defenderse mientras continuase restringido a una elite blanca y propietaria. Gradualmente, la fuente de cohesión dejó de ser el emperador y se transfirió a las Fuerzas Armadas, cuyo combustible pasó a ser el nacionalismo, como elemento que identificó a cada integrante así como justificó y redimió sus acciones. La falta de legitimidad, entre otros factores, determinó la caída del emperador y el comienzo de una nueva era basada en valores compatibles con los sostenidos por el mundo occidental del momento.

La República trajo aparejada la idea de ciudadano, en tanto, concepto homogéneo e igualitario, e hizo urgente la construcción de la nación como “comunidad imaginada” que hiciera sentir a todos “brasileños”. Luego del debate intelectual que confrontó distintas opciones, la construcción de la nacionalidad se hizo sobre la idea heredada de patria común y de afinidades culturales, ubicadas por encima de las diferencias sociales. Muchos símbolos fueron aprovechados dándoles nuevas lecturas, fue el caso del himno y la bandera, a la vez que se revalorizaron algunos mitos fundadores, tales como la exuberancia de la naturaleza, la posesión de un vasto y rico territorio, el sentimiento de grandeza, manejado ya por la colonización portuguesa, y el de superioridad de la civilización brasileña sobre la de sus vecinos. En esta tarea no faltó el rescate de los “héroes” de la Guerra del Paraguay y la elevación de Tiradentes a símbolo de toda la nación, quien fue vendido como un precursor del republicanismo en pleno siglo XVIII. El Barón de Rio Branco pronto se sumó a este selecto club gracias a su contribución a la demarcación del territorio y a las líneas generales legadas sobre la forma en que debía el Brasil relacionarse con las otras naciones. El autor tomó de Centeno, el paralelismo entre la fe y el patriotismo, y el nacionalismo y la Iglesia, que le sirvió para definir el nacionalismo como una “religión laica” necesitada de “santos” y de un texto sagrado que oficiase de guía para sus fieles. En esta

construcción, poco importó el límite entre el mito y la realidad histórica, porque tenía un fin propio e independiente: sustentar la cohesión nacional y legitimar al Estado.

El territorio, base física necesaria para la construcción de la nacionalidad, fue revalorizado y asociado a la idea de grandeza e integridad. Las victorias diplomáticas del Barón en la demarcación de los límites con Argentina, Francia, Holanda, Bolivia, Colombia, Perú y Uruguay, estuvieron en la base de la creación del mito de su “paternidad”. En el imaginario colectivo, Paranhos, pasó a personificar esa grandeza, y se convirtió en un elemento aglutinador por encima de las diferencias entre los distintos sectores de la sociedad.

Paralelamente, el Barón fue introduciendo postulados generales que sirvieron de guía para la política exterior y lo identificaron como país por mucho tiempo, a saber:

- 1) La vocación pacifista y de no intervención. Atrás quedó las guerras e intervenciones durante el Imperio. La República era pacífica.
- 2) Vocación multilateral
- 3) Confianza en el Derecho internacional como arma de los países débiles
- 4) Defensa de los principios

Cada uno de ellos contribuía a un claro objetivo: aumentar el prestigio internacional del Brasil y potencializarlo en la región. A tales efectos, el antiamericanismo del Imperio dio paso a la reinserción del Brasil en América. Estados Unidos actuó como referencia positiva, y se puso en práctica una estrategia destinada a establecer una alianza no escrita sellada a partir de gestos simbólicos, que duró hasta 1961. El panamericanismo fue usado como forma de integrarse al continente, con vistas a jugar el papel de intermediario entre Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas, o con suerte el de sus representantes ante el mundo. Sin embargo, sus vecinas seguían siendo el “otro”, de las que el Brasil debía procurar diferenciarse. De esta forma surgió una nueva autoimagen: un Brasil americano, pacifista, respetuoso, principista, dueño orgulloso de un vasto y rico territorio, sin manchas de sangre, nacido en las mesas de negociación y bautizado

con champagne. Todo un ejemplo, aunque no enteramente comprado en la región.

La consagración de estas directrices, lo suficientemente laxas para sobrevivir al tiempo, coadyuvaron a consolidar la nacionalidad brasileña y adquirieron carácter cuasi sagrado. No obstante, a medida que el momento histórico así lo requería, fueron recibiendo nuevos elementos. El aporte más significativo de la era Vargas, fue la introducción de país económicamente no desarrollado. Sin embargo, habrá que esperar a la presidencia de Kubitschek para que se concibiese como subdesarrollado y transitase de una identidad americana a una latinoamericana y en la que Estados Unidos pasó a ser el “otro”. “La Política Exterior independiente” quebró con parte del paradigma heredado de Rio Branco, como la alianza no escrita con los Estados Unidos, y habilitó una identificación con Asia y África, desde el momento en que se consideró que todos estaban viviendo un proceso histórico de superación de la dependencia. El objetivo común de desarme, desarrollo y descolonización, en un mundo bipolar, explica su participación, por ejemplo, en el Grupo de los 77 y en el de los No Alineados, así como sus propuestas en foros internacionales destinadas a llamar la atención sobre la necesidad de un nuevo orden económico, o simplemente a intentar contener a Estados Unidos. A pesar de estos cambios operados en los hechos, la herencia del Barón siguió siendo una referencia retórica.

Con el advenimiento de los gobiernos militares en 1964, continuó identificándose con los países subdesarrollados y el desarrollo permaneció como un objetivo a alcanzar. Recién con Medici se dio un progresivo retorno a la dimensión latinoamericana, pero bajo la idea de “potencia emergente” y se retomó la fracasada aspiración de entre guerras, de convertirse en el intermediario entre América Latina, Estados Unidos y demás potencias. Al final de la dictadura, la autoimagen brasileña estaba claramente

definida en torno a su condición de país en desarrollo y latinoamericano. Esta visión de sí mismo fue consagrada en la Constitución de 1988.

Si bien, Collor de Mello propuso una identificación con el primer mundo, con la asunción de Cardoso y Lula da Silva esa tendencia fue revertida. Aunque para este último, la alternativa era la integración con sus vecinos, buscó una “nueva geografía” a fin de profundizar las relaciones sur-sur y rescató la idea de la construcción de un nuevo orden económico internacional.

Finalmente, queda planteado el actual debate sobre la identidad del Brasil, en el cual se reelaboran temas antiguos como la grandeza brasileña, y la superación del atraso, así como su identificación como americano, latinoamericano, o sudamericano, del primer mundo o del tercero, potencia regional o actor global, entre otros.

A pesar de la crisis que está viviendo el Estado –nación, el autor, se arriesga a predecir que no desembocará en el fin de las identidades, en tanto realidad inventada, hija de un determinado tiempo histórico y en constante interrelación con los “otros”.

Este ensayo aporta innumerables líneas de investigación para el caso de Brasil e invita a reproducirlo para distintos países. Asimismo, incita a aventurarse en novedosos estudios, como por ejemplo, el papel de las adoraciones marianas, del deporte o de las fiestas populares como símbolos religiosos y laicos que transforman esta invención, en el fuero íntimo de cada uno de nosotros, en pasión y verdad.

O dia em que adiarão o Carnaval, ha traído a nuestra conciencia la importancia de la identidad como invención colectivamente construida, tanto para entender el pasado como para coadyuvar a elaborar el futuro, en ese sentido, el Dr. Villafañe G. Santos nos ha hecho a todos un gran favor.

Adriana Mirel Clavijo
Universidad de la República